

La Ilustración Católica

SUMARIO.

TEXTO: Revista, por V. P. Nulema.—Otoño, por D. Francisco Sanchez de Castro.—*Venida de la Virgen á Zaragoza* (poesía), por D. Joaquín Navarro, S. J.—*Amor filial* (leyenda).—Monseñor Vicente Leon Sallua, por Don U. Ferreiroa.—*La Santa* (poesía), por D. Juan B. Lázaro.—Novela.—*Los grabados*.—*Noticias literarias*.—*Jeroglífico*.—Anuncios.

GRABADOS:—Emmo. Cardenal Vicente Leon Sallua, del Orden de Predicadores, Comisario del Santo Oficio de la Inquisición en Roma.—*Venida de la Virgen Santísima á Zaragoza*.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Madrid y provincias.
Tres meses. 16 rs.
Un año. 60 »
Cuba y Puerto-Rico.
Seis meses. 2 1/2 ps.
Un año. 4 »

PRECIOS DE SUSCRICION.

Extranjero.
Seis meses. 11 fr.
Un año. 21 »
Filipinas y Méjico.
Seis meses. 3 1/2 ps.
Un año. 6 »

DIRECTOR: D. MANUEL PÉREZ VILLAMIL.

Madrid, 14 de Octubre de 1880.

ADMINISTRACION: ESTRELLA, 7, SEGUNDO IZQUIERDA.

Época 2.^a—Año IV.—Tomo IV.

NÚMERO 14.

Número suelto, real y medio.

REVISTA.

Diálogo de actualidad:

—Mi querido D. Antonio, estoy afligidísimo.

—¿Pues qué hay?

—Vengo de matricular á mi hijo en preparatorio de Leyes, y le han señalado el número 810. ¿No es esto una desgracia?

—No sé por qué.

—¿Le parece á V. poca desgracia la de un padre de familia, que teniendo que dar carrera á sus hijos se encuentra con que le obstruyen el paso 800 compañeros en una sola Universidad, lo cual supone en toda España tres ó cuatro mil jóvenes llamando á las puertas del foro, donde ya no caben, ni prensados, los abogados que existen? ¿No acusa, como hoy se dice, un estado social insostenible este aumento de alumnos para todas las carreras, de pretendientes para todos los destinos, de compradores para todos los objetos de lujo, de público para todas las fiestas, y de población para todas las grandes ciudades?

—Yo no lo entiendo así; al contrario, creo que de este modo cunde la ilustración, se mejora la sociedad y avanzamos en la carrera del progreso.

—Usted se chancea; no es posible otra cosa. ¿Cómo puede mejorarse la sociedad empeorándose los individuos, las familias y las clases que la forman? Una de dos, amigo mío: ó crecen en proporción los pleitos, los enfermos, los destinos, los objetos de lujo, los placeres y los medios de subsistencia en las grandes ciudades, ó necesariamente ha de sobrevenir una crisis, ó más bien, un conflicto, ó más claro, una catástrofe social. Supongamos que aumentan los pleitos en proporción de los abogados, los enfermos en proporción de los médicos, los placeres en proporción de cuantos los solicitan, y los medios de subsistencia en las grandes ciudades en proporción de sus

habitantes; ¿cuánto puede durar una sociedad en esta escala de progreso? Los pleitos arruinan las familias, las enfermedades destruyen la población, los placeres gastan la fortuna y la salud, y la producción tiene sus límites. Por donde quiera que se mire este asunto, muestra bien á las claras los bordes del abismo. El hecho es, que aumentan los abogados, cuando disminuyen los pleitos; los médicos y boticarios, cuando los específicos y planes curativos los

economizan; los placeres, cuando somos más desgraciados, y la población, cuando los medios de subsistencia se dificultan y encarecen.

—¿Y por qué no ha dedicado V. su hijo á la agricultura ó á la industria?

—¿La agricultura? ¿Sabe V. como está la agricultura? Antes de diez años no hay quien labre la tierra, á menos que no se restablezca la antigua esclavitud de las sociedades gentiles. Para la industria se necesita capital, y los capitales tienden á concentrarse en pocas gavetas.

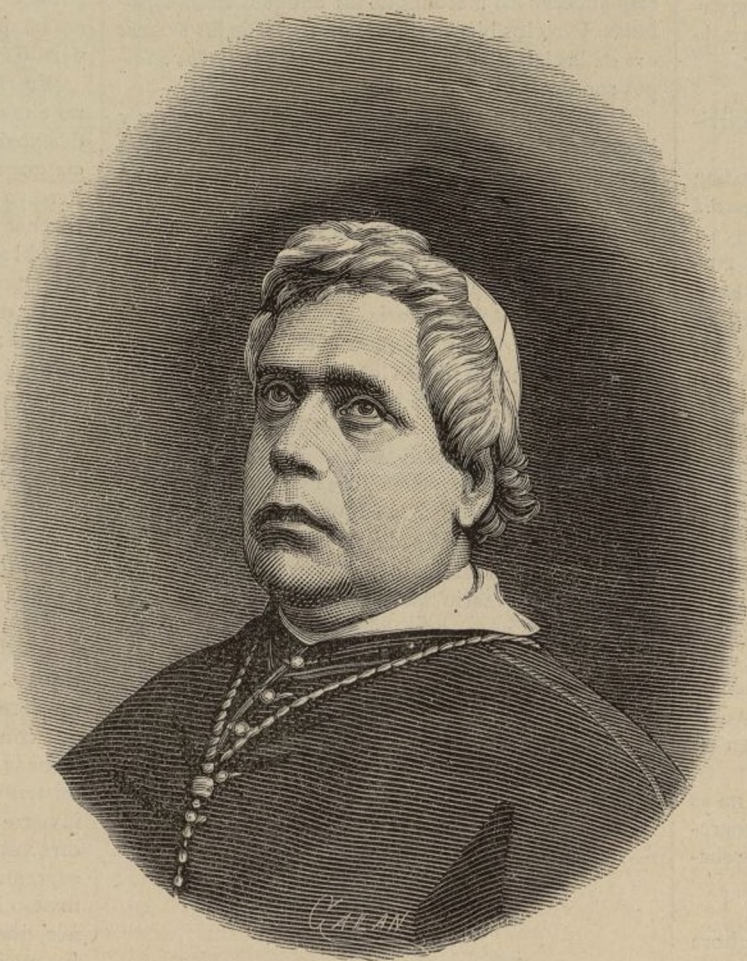
—Segun V. caminamos al abismo.

—¿Será que avanzamos en la carrera del progreso!

El cronista de otra publicación ilustrada propone á la discusión de la prensa un tema de actualidad, que, en efecto, merece meditar en los Consejos de Instrucción pública. Se trata de los libros de texto.

Al coste no exíguo de las matrículas y derechos de exámen, tienen que añadir las padres de familia el de los libros de texto. Los cuales son un verdadero ramo de industria, pues depende de los Profesores el señalarlos, haciendo obligatoria su adquisición. De aquí resulta que cada Profesor hace el suyo, importándole poco que sea ó no una obra maestra, y que esté impreso en buena ó mala forma; pues tiene asegurada la venta. Calcúlese el negocio que puede hacer un Profesor que tiene 800 alumnos, vendiendo anualmente solamente para su clase 800 ejemplares de su libro.

El Sr. Fernandez Bremon, que es el crítico á quien aludimos, denuncia el abuso, muy frecuente, de exigir los Profesores ediciones determinadas, para que un mismo libro no aproveche ni aún á dos hermanos; abuso de que nosotros hemos sido víctimas; la necesidad de comprar libros distintos cada vez que se traslada la matrícula, y otras gabelas semejantes. Despues añade: «Existe, por desgracia, una gran simonía científica, que es preciso combatir: de nada sirve que se abran caminos



EMMO. CARDENAL VICENTE LEON SALLUA, del Orden de Predicadores, Comisario del Santo Oficio de la Inquisición en Roma.

al saber, si en ellos establece tal infinidad de portazgos el interés particular.»

En otro tiempo, en los días del *Obscurantismo*, los libros de texto eran fruto de largos años de enseñanza, de la experiencia científica, del mucho saber unido con la práctica de las escuelas. Hoy no. El joven alumno de la facultad de ciencias ó letras que logra una cátedra de muchos alumnos, hilvana en seguida su libro de texto, y asegura un sobresueldo, que en algunas Universidades puede llegar á ser mayor que el producto neto de la cátedra.

Cuéntase, con oportunidad y gracia, que en la portada del libro donde lanzó Prohodon su célebre frase «la propiedad es un robo,» se lee «este libro es propiedad del autor.» Lo mismo puede decirse de algunos profesores de Economía y Derecho á la moderna, que truenan en sus lecciones contra toda clase de monopolios, y obligan á sus discípulos á comprar su libro de texto.

Y ahora preguntamos: ¿es también la multiplicación de libros de texto prueba de que avanzamos en la carrera del progreso? La ciencia, en efecto, avanza en la carrera de la industria; ántes sólo tenía cátedras; ahora ya teniendo tiendas.

En Zaragoza, como saben nuestros lectores, se ha celebrado un Congreso internacional de Agricultores para discutir los medios de combatir la filoxera.

Han concurrido al Congreso hombres eminentes en estas materias, de diversos países de Europa. Los discursos pronunciados nada han dejado que desear, por su acierto en exponer los orígenes y circunstancias de la terrible plaga. La ciencia ha tenido allí sus oráculos; ¿cuál ha sido el resultado de la discusión? Hablando de una de las últimas sesiones, ha dicho un periódico que ha tenido corresponsal en el Congreso: «Hasta ahora resulta de las sesiones que la ciencia no ha descubierto nada positivo para concluir con la plaga, y que el empleo de los insecticidas no es más que una medida preventiva.»

Nos lo temíamos. La filoxera, como la langosta, y el cólera y cuantas plagas nos envía el Señor, no están al arbitrio de la sabiduría humana. Son castigos que Dios envía, para que confundiendo la soberbia de los hombres, aprendan éstos «que no hay semejante á Él en toda la tierra.»

Si el corazón de los pueblos á presencia de estas plagas se apesga como el de Faraon, léjos de derretirse en lágrimas de arrepentimiento, aún vendrán daños mayores que hagan buena la terrible memoria de la filoxera.

Repítense con frecuencia que espantan los descarrilamientos de los ferro-carriles.

En pocos días han ocurrido tres, y aunque no han causado desgracias personales, tanto va el cántaro á la fuente, que al fin se rompe.

—De poco se asusta V., nos decía ayer un empleado del ramo. Vea V. lo que sucede en los Estados-Unidos, la nación que marcha á la cabeza de los descubrimientos y progresos mecánicos. El día 11, según telegrafían de Nueva-York, descarriló un tren de recreo en Pittsburgo, y dejó veinte viajeros aplastados en el acto, y los demás heridos. ¿Cuándo han ocurrido en España catástrofes de este calibre?

—Tan horribles, contestamos nosotros, no se han visto aún; pero esto depende, según V., de que marchamos en el ferro-carril del progreso junto al *furgon* de cola. Como poco á poco vamos ganando terreno, día llegará en que pasemos por Pittsburgo, y esto es justamente lo que quisiéramos evitar. La repetición de estos descarrilamientos en pequeña escala, de estas desviaciones de la órbita que recorre nuestro tiempo, como diría el Sr. Castelar, revelan que nos acercamos, y no sin pagar derechos, en las aduanas de la muerte.

Bueno sería retardar el paso, y sobre todo, si no es posible resistir á la incontrastable fuerza del progreso, procurar que en los portazgos y aduanas se rebajen las tarifas.

La impiedad francesa sigue su camino. A la hora en que escribimos estas líneas, los PP. Capuchinos habrán sido arrojados de sus casas, y después los Carmelitas y los Dominicos seguirán el mismo camino de proscripción. La República francesa no consiente paces con la Iglesia de Dios.

Siguiendo el ejemplo de Francia, la Monarquía del rey Humberto de Italia comienza de nuevo su perse-

cución contra las Comunidades religiosas. Las Señoras del Sagrado Corazón de Jesús van á ser expulsadas del convento que poseen en Roma, inaugurándose tan bizarramente la campaña contra los Religiosos y Monjas.

Después de un siglo de continua persecución contra la Iglesia, de haber sido cien veces expulsadas las Comunidades religiosas, y demolidos sus conventos, resulta ahora que los Gobiernos que mejor representan la civilización moderna no tienen otra cosa más importante que hacer, ni otras conquistas que llevar á cabo que renovar su persecución contra sus víctimas desangradas y apoderarse de sus pobres hogares.

Mientras los Religiosos consagrados al bien de sus semejantes son expulsados de Francia, Félix Pyat publica apologías de los regicidios; y en tanto que las Señoras del Sagrado Corazón, dedicadas á la educación de niñas, son amenazadas de proscripción en Roma, Garibaldi en Génova hace fervientes votos por la unión de los socialistas, nihilistas y republicanos de todas castas «para trabajar por la República, porque la República (*ejemplo la francesa*) lo colocará todo en su verdadero terreno.»

Todo esto es tan absurdo, que no se explica ni se concibe sin la presencia real de Satanás en los Gabinetes europeos.

Acá, por los Madriles, las cosas pasan muy de otro modo. Embargan nuestra atención cuestiones de etiqueta, lo que prueba que somos muy finos.

Primero los capitanes generales, y luego los Grandes de España, han querido ocupar el primer puesto en las recepciones de Palacio, saltando por cima del Consejo de Estado, á quien, según la ley, corresponde la primacía. La cuestión ha dado lugar á muchos elocuentes artículos, á infinidad de sueltos y á conversaciones inacabables. ¿Quién debe entrar ántes en la Cámara Real, los sucesores del Cid, Gonzalo de Córdoba y Pizarro, ó los duques de Osuna, de Alba y de Medinaceli? ¿Quién merece la primacía, las armas, los blasones ó las togas?

¡Cuestión árdua! ¡Cuestión insoluble! Las armas son la garantía de los derechos; luego ántes son las togas que las espadas. Pero los derechos no son nada si no los defienden las armas, luego más valen las espadas que las togas. El brillo de las armas y el esplendor de los derechos se reflejan en los blasones de la nobleza; luego sobre las espadas y las togas deben resplandecer los blasones de las antiguas casas españolas. Pero los blasones ora son fruto de las armas, ora de las letras y leyes; luego las espadas y los códigos son ántes que los blasones.

¿Qué hacer en esta colisión de espadas, derechos y blasones? Cortar por lo sano. Hé aquí la solución formulada por *La Correspondencia*: «Parece que en lo sucesivo no ocurrirán nuevas cuestiones de etiqueta en la Real Cámara, por la sencilla razón de haber quedado fuera de duda que no hay puestos de preferencia en aquella.»

Aquí paz y después gloria.....

Ya son veinte lo menos los teatros que han abierto sus puertas. La temporada de invierno ha comenzado con gran esplendor, y contribuirán á abrillantar sus timbres de alegría las fiestas que se preparan.

La Diputación provincial, después de maduro examen, «ha autorizado á la empresa de la Plaza para dar dos corridas reales de toros con caballeros en plaza. El Ayuntamiento, no menos fastuoso, ha cedido al empresario las colgaduras, banderas y gallardetes que posee para adornar la Plaza.» Las corridas se verificarán después del 24.

Traten otros del Gobierno,
del turco y sus monarquías,
mientras gobiernan mis días
banderillas y pan tierno,
y á las puertas del invierno
bullangas con aguardiente,
y riase la gente.

V. P. NULEMA.

OTOÑO.

Ya está aquí. ¡Qué deseado ha sido!
Ya se vive: ya se respira con libertad, y podemos
abrir nuestras ventanas á los apacibles vientos de la

tarde. ¡Bendito sea Octubre, que viene á dar vigor á nuestros cuerpos y á desterrar la inercia de nuestro espíritu!

Fuera del «bosque ameno y apacible, sombrío» que pintaba el poeta, ¡qué enojoso es el estío! El sol abrasa; la tierra, caldeada como el suelo de un horno, despidе deslumbradores rayos; las fuentes se secan; se paran y se enturbian los arroyos; la atmósfera se llena de cálidos vapores; languidecen las plantas; polvorosos velos empañan la hermosura de los árboles; enmudecen los pájaros; desmayan los brutos, y los hombres caminan sudorosos y jadeantes.

En la ciudad, rostros macilentos, cuerpos rendidos sin cansancio, laxitud abrumadora; en el campo, ¡oh!: no envidiéis al pobre campesino en el verano; si tenéis alma compasiva, acordaos de los horribles trabajos de la siega, y pensad en los segadores, ennegrecidos por el fuego del sol canicular.

¿Quién no os deseaba, agradables días de Octubre, quién no os deseaba? El más dulce pensamiento en las abrasadas horas de la Canícula, era que en pos de ellas, que se irían, vendrías vosotros; y ya estáis aquí, haciendo olvidar los rigores del estío, y desplegando los incomparables encantos otoñales.

Desde el alfeizar de mi ventana contemplo la majestad del sol poniente. ¡Qué hermoso espectáculo! Fajas de fuego cubren el lejano horizonte; grupos de nubes, espléndidamente iluminadas por los rayos del sol, se extienden por la azulada esfera, formando palacios deslumbrantes, mares fantásticos, selvas de oro y campos de luz; el ambiente diáfano deja que la vista goce á su placer de los objetos más distantes; los árboles sacuden sus hojas y sus ramas, exhalando ráfagas de frescura; y las alegres espirales del humo suben de los hogares, dulcemente mecidas por el viento, perdiéndose en caprichosos giros en los senos de una atmósfera radiante de colores.

Con ansia esperaba estas hermosas tardes, que vivifican el ánimo y le llenan de dulces pensamientos. Hasta el recuerdo del pobre labrador me causa gozo; que si ayer pensaba con pena en los segadores ateados por el sol de Julio, hoy me acuerdo con envidia de las vendimias bulliciosas, encanto y alegría de mis años infantiles.

Mañana vendrá mi amigo, que huyó de aquí por respirar las frescas brisas de la costa Cantábrica. ¡Cuánto deseo estrecharle entre mis brazos! Tres meses há que se ausentó, y esos días que se fueron, han dejado en mi corazón penas que no se van.

En el pecho de mi amigo verteré las amarguras de mi alma! ¡Cuánto suspiraba por estas dulces horas de expansión de que ahora voy á disfrutar! Me parecía que no llegaban nunca. ¡Es tan largo un verano! Pero ya veo que el tiempo pasa y él vendrá á cicatrizar las heridas de mi pecho.

¡Oh! sí; tal vez en el próximo año no me apenarán las amarguras que hoy sufro, y quizá vengan á visitarme no bien columbradas alegrías.

Sí, sí; vuelvan la animación á mi semblante, la calma á mi espíritu y la esperanza á mi corazón. Un año pronto pasa. Interminables me parecían los abrasados días del estío, y ya disfruto de mi querido Otoño.

El tiempo vuela.

El tiempo vuela; sí: ya desaparece el sol tras el horizonte; la noche tiende su estrellado pabellón, y me advierte que ha terminado el día.

Pero ¡ay! de qué me alegro! Así pasarán los que me queden que vivir, menguando incesantemente esa riqueza, que me parecía inagotable! El sol que se va, me dice que me resta un día menos de existencia, y que con paso rápido voy acercándome al fin de mi jornada. Este Otoño deseado, de poéticas nubes y misteriosas brumas, huirá también veloz, y vendrá el invierno aterido, y otra vez la primavera, y el estío otra vez; y como si me fuera dado retardar mi hora suprema, ó como si mi vida fuera interminable, yo mismo he deseado apresurar la vuelta de las estaciones, que me advierten de lo fugaz de la existencia, y yo mismo clamo porque el tiempo vuele, esperando que se lleve mis penas y me traiga venturas y dichas!.....

¡Qué locura! Los días alegres, si vienen, pasarán también, y más veloces que los días tristes, y ningún bien podré gozar seguro de no perderle pronto.

Lo recuerdo bien. Cuando era niño, deseaba ser hombre y me parecía imposible llegar á serlo. ¡Qué largo el camino! Tendré que estudiar, me decía, primero latín, luego filosofía, y después me será preciso pasar muchos años en la Universidad. ¡Oh! ¡Cuánto tardará en suceder todo esto! Y este pensamiento atormentaba á veces mi infantil impaciencia.

Y hoy, todavía en los linderos de la juventud, me parece que hace un siglo que terminé mis tareas universitarias, y me acuerdo con pena de la niñez y sus delicias, lejanas ya aún para la memoria.

Si miro atrás, me asusta lo largo del camino recorrido. Ayer empezaba á vivir, y tengo recuerdos de cosas que pasaron hace algunos lustros. He visto sucumbir imperios y hundirse tronos seculares; he llorado la amarga partida del hombre que me dió la existencia; he visto desaparecer de sobre la tierra muchos seres de los que más amé, y volar al cielo pedazos de mi corazón; y si miro en derredor de mí, hallo cuerpos encorvados que há poco ostentaban briosa lozanía, y veo frentes arrugadas y blancas cabezas en que no há mucho brillaban los esplendores de la juventud.

¿Y todavía desearé apresurar la carrera del tiempo? Y ha de ser verdad que el hombre pasa la mitad primera de su vida suspirando porque se vaya, y la otra mitad llorando porque se fué?

Engaño y siempre engaño. Ni en la edad por venir está la dicha, ni la hallaríamos en la edad pasada, si volviera. Vamos peregrinos por entre floridos valles, abruptas montañas ó áridas llanuras; aves de paso que cruzan amenos oasis ó abrasados desiertos: aquí alegría, allí turbación, dolores allá: jamás descanso cumplido ni gozo duradero, mientras no acabe la peregrinación.

Las arboledas que se extienden ante mi vista, poco há verdes y espléndidas, están ya mustias, y sus ramas van amarilleando. Pronto llegará el triste «caer de las hojas», con el cual tantas ilusiones caen del corazón y tantos cuerpos se abaten sobre el sepulcro.

Ese admirable y sublime artista que se llama la Iglesia, que celebra las jubilosas fiestas de la Resurrección cuando los árboles empiezan á verdear y las primeras flores rompen la tierra al suave impulso de los vientos primaverales, se viste de duelo y llora por los difuntos en Otoño: Cuando las hojas caen, celebra la fiesta de los muertos.

Otoño, que tan deseado fuiste, ¡qué triste eres! ¡Qué recuerdos tan dolorosos traes á mi alma!...

Pero ven; ven con tus templadas brisas á darme descanso y refrigerio para que siga mi camino. Pronto te irás, y cuando vuelvan tus espléndidas tardes, quizá ya no pueda contemplarlas desde mi ventana, y tal vez mis ojos se hayan cerrado para siempre.

¿Qué importan las mudanzas del tiempo, el estío ó el Otoño, si pasan, renovando valles y prados, pero envejeciendo al hombre? ¿Qué importa vivir gozoso ó atribulado, si pronto las alegrías son recuerdos tristes y las penas dulces memorias? ¿Á qué desear bienes que se acaban, y por qué temer males que no duran?

¡Oh! ¡Teresa divina! Tú lo sabías bien. Tu inmenso corazón no se entristecía como el mío mezquino por estas sombras y vanidades; y si deseabas que el tiempo volara, era por volar tú á las mansiones de la perpétua vida y del inacabable amor!

FRANCISCO SANCHEZ DE CASTRO.

VENIDA DE LA VIRGEN Á ZARAGOZA.

Envanecen el viento
Tropas de ángeles bellos, y á porfía
En dulce afán y tierna melodía,
Mueven al animado firmamento:
En nube de bellezas tomó asiento
La Reina soberana;
Y peregrina humana,
En cuerpo y alma vino la Señora,
Y el Ebro á media noche vió la aurora.

Si la tropa dormía
De discípulos, Diego, que velaba,

Vió que el aire en candores se anegaba,
Y ántes de amanecer ya era de día:
Oye el celeste afán, que repetía
En acento suave:
Ave María, Ave:
Y que ella respondía en dulce canto:
¡Oh Dios de Sabaoth! ¡Oh Santo, Santo!

Resuena en los oídos
De los que ántes dormían, y despiertos
Al oír la armonía y los conciertos
De lo que sienten quedan sin sentidos:
Del gozo prisioneros y rendidos,
Á su Maestro claman,
Y entre las que derraman
Lágrimas del trofeo por despojos,
La estrella, luna y sol les dió en los ojos.

Miran la refulgente
Nube, que á la gran Reina, trono forma,
Santiago, á quien luz más alta informa,
Vió á María en aquél su nuevo Oriente:
Cosido con la tierra reverente,
Oye: ¿qué no oiría,
Hablándole María?
¡Qué fortuna, qué dicha, qué alborozo!
¡Cómo no mueres ya de tanto gozo!

«Mi Hijo, Dios y Hombre,
Quiere que en el lugar, que aquí señala,
Le fabriques un templo, en que con gala,
Suya sea la gloria, mío el nombre:
Porque novedad tanta no te asombre,
Señal de esta fortuna
Ha de ser la columna
Que mis ángeles traen: en este suelo
Le dejo á España por herencia un cielo.

«Cualquiera que me implore
Con recto corazón, tendrá remedio;
Porque quiere mi Dios, que por mi medio
España más y más su nombre adore:
En testimonio quiere, que aquí more
Mi imagen, la primera,
Que en la celeste esfera
Se ha fabricado, y en la que aseguro
Seré de España incontrastable muro.»

Fijaron la columna,
Y sobre ella la imagen de María,
Viendo el reino español desde este día
Fija la rueda ya de su fortuna:
Si allá el grande Jacob, fijando una
Piedra, erigió luciente
Título, y reverente
Anunció templo á Dios; Jacobo ahora
Labra templo al Señor y á la Señora.

Allí mística escala,
Aquí se ve la escala verdadera,
Que habla á nuestro Jacobo y placentera.
Lugar para su templo le señala:
Allí puerta del cielo, que no iguala
Á la puerta divina,
Que aquí con ánsia fina
Afianza en un hecho sin segundo,
La fe y la gloria hasta la fin del mundo.

Isaac de bendiciones
Llenó á Jacob, diciendo, que el rocío
Del cielo le dé Dios, y sin desvío
La tierra su grosura y perfecciones:
Más alta bendición, y más blasones
Jacobo en Zaragoza
De mano de Dios goza;
Pues en la tierra virgen, Madre pura,
El rocío y sus frutos asegura.

Célebren el trofeo
De el Ebro, el Tajo con arenas de oro,
El Faso aumente palmas por decoro,
Multiplique laureles el Pené:
Si al fabuloso Hidaspes el deseo,
Si al luciente Cefiso,
Si á los del Paraíso,
Apela con grandezas, con fortuna
El Ebro las excede en sola una.

Sus orillas contienen
La perla y margarita más preciosa,

El laurel, el ciprés, la palma y rosa:
¿Y qué les falta si á María tienen?
Las gracias claras como el agua vienen;
Allí está el santuario,
De María sagrario,
Y un ángel que le guarda, porque quiso
Que nada falte para paraíso.

Ya por mil setecientos
Años intato todo se conserva;
Pues ¿quién, sino María, le preserva
Contra el tiempo, el abismo y elementos?
Los moros, los gentiles más sedientos
De sangre de cristianos,
Los judíos, arrianos,
La fe en España sin estancia alguna,
Y el PILAR siempre de la fe columna.

Con la misma presteza
La nube, en que la gloria gloria influye,
La Reina á su oratorio restituye,
Logrando con tocarla más belleza:
Causaba en el Apóstol gran tristeza
La ausencia de María;
Pero en dulce alegría
Rebosa, cuando escucha, que el primero
En el Mar Rojo encontrará al Cordero (1).

JOAQUIN NAVARRO, S. J.

1762.

AMOR FILIAL.

LEYENDA.

I.

Iba declinando la apacible tarde de un largo y radiante día de Junio. El parque de Villalba no había estado nunca más hermoso que en aquella hora, en que los últimos rayos del sol doraban las cimas de los árboles, y la luna en su creciente subía como una barquilla de plata por un cielo de purísimo azul. Comenzaba la sombra en los bosques; pero algunos rayos alumbraban todavía el césped y el parterre, y con su dulce claridad dejaban ver la hermosura de las flores que se alimentaban con la sombra y el rocío. No se oía más que el ruido de las hojas agitadas por un viento suave, y el armonioso eco de un riachuelo que saltaba jugueteando sobre las rocas. Era este un precioso instante de tranquilidad y de recogimiento interior. Pero ¿quién no sabe que la calma de la naturaleza se halla muy á menudo en oposicion con las borrascas del corazón humano, que el sol ve correr las lágrimas, que las estrellas presencian los insomnios, y que la suntuosidad de los parques y de los castillos no basta para hacer felices á sus efímeros poseedores?

Esta verdad, tan comun como un adagio, parecía aplicable á los moradores de Villalba. No eran éstos sino dos, padre é hija; el uno se hallaba todavía en el vigor de sus años, y la otra tenía todos los títulos que dan la juventud y la hermosura. El viajero que, agobiado de cansancio, hubiese pasado por delante de la verja del castillo, al dar una ojeada á los sombríos bosques, al césped con sus canastillos de rosas y rodeado de vincapervincas, á las altas ventanas del comedor abiertas, y dejando ver en sus puntos luminosos una mesa puesta, unos blanquísimos manteles, el esplendor de la vajilla de plata, y dos personas sentadas tranquilamente, acaso hubiera dicho: «¡Cuán felices son esas personas! ¡quién estuviera en su lugar!»

Mas si se hubiese acercado, habría visto que tanto el padre como la hija estaban de luto y que llevaban el pesar retratado aún más en el semblante que en los vestidos. La esposa y madre había muerto, y una profunda tristeza se notaba en la frente del marido, quien, con sus miradas y con su corazón, parecía que buscaba la ausente compañera, la mirada que respondía á la suya, el alma donde sus palabras hallaban pronta acogida.

La joven Isabel se hallaba también preocupada, y en su animada y risueña fisonomía se traslucía cierta tristeza, no obstante que el luto de sus vestidos

(1) Revelacion de su martirio.

no era rigoroso, pues se hallaba en edad en que se mira más el porvenir que el pasado. Servía con suma atención al padre, pero sin hablarle nada; y éste, con un ademán admitía ó rehusaba, sin levantar siquiera los ojos, ni abrir la boca. Parecía que sobre ambos pesaba una grave opresión, como un quintal de plomo. Acabada la comida, y habiéndose salido el criado, se levantó el Sr. de Mora, y con las manos puestas en la espalda, estuvo dando vueltas por el cuarto con paso lento y monótono, mientras Isabel leía distraídamente un número de un diario que acababan de traer; pero, á decir verdad, su mente se hallaba mil leguas distante de lo que sus ojos estaban leyendo. ¿Hacia dónde se encaminaba con tanta velocidad? Pero ¿quién es capaz de explicar el rápido curso de nuestras ideas y los extraños anillos con que unas se encadenan á otras? Quizá su imaginación volaba desde los tiernos sauces que daban sombra al sepulcro de su madre hasta los antiguos árboles del jardín, donde últimamente había tenido algunos momentos dichosos, los primeros después que la muerte entró en la casa paterna; quizá, como en un sueño, al lado de la entristecida y severa imagen que en la oscuridad pasaba por delante de ella, veía algún otro semblante, alguna cabeza erguida y marcial, cuya mirada se llenaba de dulzura cuando se dirigía hacia ella....; quizá volviendo á sus anteriores años, recordaba alguna escena de su infancia, que hubiese tenido lugar en el césped ó en el comedor. ¿Quién sabe? No puedo decir más sino que estaba pensativa.

Dejó de pasearse el Sr. de Mora, se sentó, ojeó el periódico y lo soltó, cogiendo maquinalmente el estuche de marfil que Isabel había puesto sobre la mesa, al cual estuvo dando vueltas en la mano; pero fijando la vista, descubrió en este objeto el nombre de *Julia*, que era el de su esposa, formado con letras de oro; y acordándose de que en otro tiempo lo había adquirido él mismo para que formase parte del ajuar de boda, una lágrima se deslizó por sus párpados. Dominó esta sensación, que la hija no había advertido, y con aparente tranquilidad le dijo:

—He reflexionado, Isabel, acerca de lo que ayer estuvimos hablando, y puesto que lo desearas, se verificará tu casamiento. Mañana escribiré á mi hermana, rogándole que se venga con el coronel: arreglaremos el contrato, y dentro de seis semanas estarás casada, hija mía.

Isabel se sonrojó y bajó la cabeza, contestando al fin con voz tímida y vacilante:

—Le doy á V. gracias, padre, porque es usted demasiado bondadoso.... pero ¡Dios mío! yo veo que V. consiente, aunque no aprueba.

—No te he ocultado mi parecer, Isabel, ni mi egoísmo de padre. Ciertamente es que hallándome enteramente solo después del fallecimiento de tu desdichada madre, había yo procurado y aún pensado en otra cosa. Porque, hija mía, no tenía yo la pretensión de condenarte al celibato; pero me parecía que te hubieras podido casar sin apartarte de mí y sin tener quizá que poner doscientas leguas de distancia entre ambos. Indudablemente vivía yo equivocado, porque tú cifras tu dicha en otra parte. Al coronel lo conozco solo de nombre, por su posición y por lo bien que de él me habla mi hermana; y espero que te hará dichosa, según tú también lo crees.

—Papá; ¿es que no está usted seguro de ello?

—Isabel, ese hombre es para mí una persona extraña, á quien no conozco ni conoceré, porque se irá contigo al día siguiente de casarse.

Isabel dió un suspiro, y algo turbada dijo:

—¿Y no podría V., papá, venirse con nosotros?

—No, hija mía; nunca dejaré esta casa, donde he vivido con tu madre....; pero por mí no tengas cuidado.

Levantóse al decir estas palabras, cogió una luz, é inclinándose junto á la hija, le dió un beso en la mejilla, diciéndole:

—Buenas noches, hija; mañana escribiré. Y salió de la habitación.

Por un momento permaneció inmóvil Isabel; pero á poco se retiró también á su cuarto, porque necesitaba estar sola. Al pasar, muy de quedo, por delante de la habitación de su padre, le oyó dar vueltas con

II.

Ya estaban satisfechos los deseos de Isabel. Hacía cinco meses que en casa de su tía se encontró con un hombre de cualidades y defectos propios para exaltar



VENIDA DE LA VIRGEN SANTISIMA Á ZARAGOZA (DISEÑO DE BARNETO).

pecho con una constelación de cruces y medallas; tenía á la vista un porvenir rápido y magnífico, á no ser que una bala cortara su carrera; y tanto los peligros por que había pasado, como los que tenía que arrostrar, lo rodeaban con cierta aureola á la vez brillante y melancólica. Apasionóse mucho de Isabel, y

amor. Quizá también iba mezclado en esto algo de ambición, porque el coronel hubiera podido grabar en su blason militar el mote de Fouquet. ¿Adónde no subire?; y animado con el elocuente silencio de la joven y con la amistad algo exagerada de la tía, presentó su petición al Sr. de Mora, estando ya para ser

de su alma; y sin saber qué hacer, pero con cierto horror á la calma y al silencio, se puso en su mesa, y con agitada mano escribió la siguiente carta:

«Querida tía: Mi padre ha consentido; mañana va á escribirle á V. rogándole que venga á hacernos una visita, acompañada del coronel. Confío en que así lo hará V., y no me dejaré sola en momentos en que me es muy necesaria, pues tengo millares de cosas que decirle. Aún no hace una hora creí que mi papá no consentiría, según el modo como me habló de este casamiento; que me arrancaría de mi patria y de mi familia para entregarme á un extraño, que es como llama al coronel. Yo estaba triste; le alegué algunos motivos, y sin atreverme á descubrirle todo mi corazón (pues V. sabe, tía, que papá es muy grave y que me impone respeto), le confesé que esperaba ser feliz al lado de Ernesto.

Entonces ya es otra cosa, me contestó; he creído que pensabas como yo y que la idea de separarnos no había entrado en tu mente. Lo pensaré.

Lo ha pensado y consiente. ¡Pobre papá! Mucha pena va á causarme el dejarlo sólo en este gran castillo, donde ya no puede hacerle compañía ni distraerle mamá, que era lo que en el mundo prefería él á todo; mas al cabo, ¿no es esta la suerte de las mujeres? ¡No dejan siempre á los padres para irse con sus maridos? Me parece, pues, que no obro mal. Por otra parte, papá es todavía joven, tiene afición al estudio, á la caza, y está rodeado de atenciones, porque es alcalde del distrito é individuo de la Diputación, y ha de distraerse ocupado en tales quehaceres; le escribiré con mucha frecuencia y haré que mi esposo también le escriba; vendremos á verle, y si Ernesto adelanta rápidamente en su carrera, si llega á ser general y comendador de la Legión de Honor, de positivo tendrá papá suma satisfacción. Me dirá V., querida tía, que estos son castillos en el aire; pero también yo necesito distraerme; porque aunque debería estar contenta teniendo mi suerte asegurada, pues voy á casarme con la persona elegida por V., que tanto me quiere, tengo, sin embargo, un peso sobre mi corazón, y es el aire severo y triste de papá, que me produce mal efecto. ¿Por qué le causa á él pena lo que á mí me da contento? Acaso todo varíe así que conozca á Ernesto. ¡Ah! ¡si pudiese oírle contar su primera campaña, la de África, donde salió herido en la frente, y la de las de Somorrostro, en que le mataron dos caballos! Si le viera, como nosotras le hemos visto, en esas noches, sentadas junto á los grandes plátanos, cuando nos refería todo lo que había observado y aprendido en sus viajes y campañas, haciéndonos reír con las ocurrencias de los soldados, papá también le querría; pero mucho me temo que nunca sean bastante amigos para que el coronel se espacie con él. ¿La vida suele ser á veces bien penosa, querida tía?....

Detúvose y de pronto soltó la pluma, que no expresaba bien sus ideas; porque en el fondo de su alma reinaba un conflicto de sentimientos que ella no podía expresar, del mismo modo que en nuestras actuales revoluciones el pasado se halla en abierta oposición con el porvenir. Dejó á un lado la carta, diciendo: «Mañana por la mañana la acabaré;» y se puso á abrir las gavetas de su escritorio para distraer su imaginación, pues todo sirve en tales casos.

La primera gaveta, que al instante cerró, sólo contenía su dinero para el gasto del mes, con el librito en que anotaba sus gastos; en la segunda había algunas cartas de sus amigas y primas; de Alicia, de Hortensia y de María; las primeras confianzas de estos corazones inocentes, alegres gorjeos de la niñez, que no tenían ya atractivo para una joven dominada por pasiones de otra edad; en la tercera, á la cual dió una ojada, estaban sus temas y composiciones. Entre sus planas de cuando niña, vió la galana escritura de su padre y la bonita letra de su madre, porque ámbos habían corregido sus primeros ensayos. Acordóse entonces del celo y del cariño con que se ocupaban

cierto paso triste y regular, que ella conocía muy bien, porque invertía parte de las noches en pasarse de aquel modo: le pareció que le había oído dar un profundo suspiro; y turbada y conmovida se encerró en su cuarto.

una imaginación viva y un corazón amable. Joven todavía, resuelto y distinguido, inteligente y esforzado, el coronel de quien há poco hemos oído hablar á su padre, se había señalado entre muchos militares de valor en las campañas de África y del Norte; su rostro estaba lleno de nobles cicatrices, y cubierto su

no ocultó á la tía los sentimientos que le inspiraba. Exaltada la tía, á pesar de sus cuarenta años, y muy accesible á ideas románticas, protegió la novela que había empezado en su casa, encendiendo en la imaginación de la sobrina esa incesante preocupación, esa idea fija que comunmente se forma acerca del

complacido por dominar la voluntad de la hija ó la del padre.

Hallábase Isabel con la imaginación muy exaltada, sintiéndose en aquel instante mucho más alterada que alegre. Hubiera querido hablar, andar, correr, distraer, en fin, con algún ímpetu físico el desorden

en su educacion, de las muchas dificultades que le habían ahorrado y de las recompensas con que estimularan sus menores adelantos. Pues si ella sabía inglés, su madre se lo había enseñado casi jugando; si tenía afición á la historia, su padre se la había inspirado, dedicándose al estudio para mejor enseñarla á ella.

Acordóse de su vida doméstica, animada con el calor de vivísimos afectos, con el profundo amor de dos seres que concentraban en ella su dicha y su alegría, donde cada uno hallaba algo del otro, viendo en el rostro de la niña una semejanza muy querida. ¿Qué era lo que en la actualidad le restaba á su padre? Nada más que ella. ¿Y qué era lo que dentro de pocos días le debía quedar? Nada absolutamente.

Cerró esta gaveta, de la cual, como de un nido de pájaros, se escapaban mil recuerdos, cuya grata memoria en aquellos instantes trocábase en tristeza.

En la cuarta gaveta había colocado, sin haber vuelto á verlas nunca, las alhajas de su madre y un cuaderno con dibujos, cartas y reflexiones, que era álbum y diario á un tiempo, preciosa reliquia donde estaba toda entera el alma de la madre. No había tenido hasta entónces valor para examinarle, por haber aplazado esta tarea para tiempos más tranquilos, para esa época en que las penas mismas tienen cierta dulzura. Y aunque este momento no había llegado aún, como ella necesitaba emociones vivas que distrajesen su ánimo de la preocupacion que lo embargaba, se puso á hojear, no sin inquietud, el diario de su madre querida.

(Se concluirá).

MONSEÑOR VICENTE LEON SALLUA.

Vicente Leon Sallua nació en Garesio, noble ciudad del Mondovì, en el Piamonte, de padres religiosos y bien acomodados, en el año de 1817. Educado con mucha piedad, se sintió pronto llamado á la vida monástica, y cumplidos apenas quince años vistió el hábito de Santo Domingo en el convento de Santa Sabina de Roma, en donde, precedido de un hermano carnal que en la predicacion gozó de gran fama, no tardó mucho en hacer concebir las más bellas esperanzas, lo mismo en el estudio que en la piedad. Terminados todos los estudios que se hacen en la Orden, y promovido á Lector, fué enviado á desempeñar la cátedra Emaldiana de Lugo, en la que, durante su permanencia, se ganó la estimacion de los cultivadores de las ciencias y las letras, el amor de todos los buenos y la más espléndida fama en el ejercicio de su ministerio. Lo cual le valió al mismo tiempo un rápido progreso en la estima de los Superiores de la Orden, que en 1851 lo llamaron á Roma en calidad de *primer compañero* del Comisario general de la S. R. y U. Inquisicion, aunque pasaba poco de los treinta años. En seguida recibió el título de Maestro, fué nombrado Consultor de la misma S. C. de la Inquisicion, Vicario de las Monjas y Provincial de Lombardía, y como tal Provincial, en el mismo día de la proclamacion del dogma de la infalibilidad pontificia, envió á los Religiosos y á las Religiosas de su provincia una magnífica carta-circular, en la cual, al anunciar tan gran suceso, recordaba que las supremas razones del mismo habían sido siempre defendidas por la Orden de Predicadores de acuerdo con la inconcusa doctrina de Santo Tomás. Por este tiempo el Reverendísimo P. Jacinto de Ferrari, Comisario general del Santo Oficio, fué elevado á la dignidad de Arzobispo de Lepanto *in part. inf.*, y le sustituyó en aquel cargo Monseñor Sallua, que fué inscrito en seguida entre los Consultores de la Sagrada Congregacion de Ritos y los Doctores del Colegio Teológico de la Universidad Romana. Por último, fué nombrado Arzobispo de Calcedonia, continuando, sin embargo, en el cargo de Comisario, á semejanza de su glorioso antecesor, el inmortal Ghislieri, despues Papa Pío V, que, como nota Moxoni, al ser nombrado por Paulo IV Obispo de Sutri y Nepi, conservó su cargo con el título de Prefecto de la Inquisicion.

Este hecho notable y la consagracion episcopal de Sallua causaron grande alegría á toda la Orden de Predicadores. El lugar de la Consagracion fué el principal templo de la Orden, ó sea la iglesia de Santa María *sopra Minerva*, el Obispo consagrante una glo-

ria suprema de la Orden, el Eminentísimo Cardenal Guidi y los dos Obispos asistentes fueron dos principales ornamentos de la misma, Monseñor Salzano, Arzobispo de Edessa, y Monseñor Mauri, Obispo de Rieti. Alrededor del altar y en toda la iglesia se veían Religiosos dominicos, que daban gracias á Dios por los honores concedidos á su religiosa familia, como al anunciarlos había hecho el Reverendísimo P. José María Sanvito, General de la Orden.

Por desgracia, Monseñor Salzano, Arzobispo de Edessa, á causa de una repentina indisposicion, ocasionada por su avanzada edad, no pudo pronunciar el discurso que debía dirigir al nuevo Prelado.

Más tarde fué dado á luz dicho discurso, del cual copio las siguientes líneas:

«Si no temiese abusar de su modestia, mucho me detendría en describir las raras dotes de aquel ilustre Arzobispo..... (Sallua). No hablo de su celo, de su talento, con el cual resplandece en la iglesia de Dios *relut inter ignes luna minores*; no hablo de su modestia, con la cual todo lo hace en honor de su Dios; no hablo de su caridad hacia sus hermanos, de la cual ha dado luminosas pruebas en los diversos cargos que en la Orden ha tenido; quiero hablar solamente de su humildad, verdaderamente heroica y sorprendente. No fué nunca como algunos de aquéllos á quien el aspecto de esta magnífica Roma no inspira otra cosa que vana curiosidad del pasado y estéril admiracion del presente. No se dejó jamás acariciar de esta aura lisonjera que, descendiendo de los siete collados, y pasando por entre estos imponentes y majestuosos palacios, adquiere un no sé qué de fastuoso y de soberbio; y ni siquiera su corazon se dejó arrastrar de aquellas sagradas grandezas, alrededor de las que continuamente se mueve la esperanza, y sonríe y brilla á los ojos de muchos, y ora acercándose los lisonjea, pero no los contenta, ora alejándose los aflige, pero no los desespera, ora respirando lánguida y ténue parece que se apaga, pero casi apagada vuelve á resucitar, y á costa de pocos que eleva á la eminencia de los grandes, deja en sus penosas dudas otros mil á quien finalmente abandona. No escucha el nuevo Prelado estas voces dictadas por el interes, la ambicion, el capricho, sino que, humilde y reverente, escucha sólo la voz del gran Pío, que con nueva y generosa clemencia le eleva al Episcopado, le colma de favores y de dones, y en este acto del Supremo Jerarca no ve otra cosa que un nuevo incentivo para redoblar sus fuerzas en el árduo desempeño de su difícil ministerio. Sí, las redoblaréis..... Vos, Leon de nombre, sereis Leon de hecho, y habiendo dicho seiscientos treinta Obispos en el gran Concilio de Calcedonia haber hablado Pedro por boca de Leon, el sucesor de San Pedro continuará á dar á conocer al mundo entero, por la boca de Leon, nuevo Arzobispo de Calcedonia, cuál sea la sana doctrina, y á reprender á aquéllos que con falsos principios y obras infectas quisieren atacarla.»

Asistían á la Consagracion los Cardenales Hohenloe, Bartolini, Consolini y Nina, y muchos patricios romanos y extranjeros.

Fueron distribuidos epígrafes latinos del P. Ferrari, del Canónigo Marinelli, del conde Ferretti y del Sr. Ferchielli Amerini, el cual, jugando con los nombres de Monseñor Sallua, cerraba su epígrafe con los siguientes dísticos:

*Obstruxit stygii Vincentius ora Leonis
Agmine virtutum, consilioque suo.
Exuvius victor vincens gratulatur opimis,
Vincendoque geret nova bella leo.*

La Sra. Carolini Giurorich envió desde Venecia unas magníficas octavas en honor del ilustre Prelado. El cual merece, en efecto, las más señaladas distinciones.

Modelo de humildad y de modestia, poseedor de gran caudal de conocimientos, expertísimo en el desempeño del difícil cargo de Comisario del Santo Oficio, ardiente defensor de las doctrinas tomísticas, es sin duda uno de los más brillantes ornamentos de la Roma pontificia.

Todo el mundo católico conoce y aplaude uno de sus últimos actos: el pensamiento de la universal felicitacion á Leon XIII por haber dado de patrono á las escuelas al Angélico Doctor Santo Tomás de Aquino.

U. FERREIROA.

LA SANTA.

RECUERDOS DE ÁVILA.

¡Bendita seas mil veces,
santidad de los recuerdos,
que haces perenne á lo instable
y á lo fugaz duradero,
y eres bálsamo del alma
contra lo voraz del tiempo!

Así exclamo al recordaros,
viejos muros, santos templos,
cuna de la gran Teresa,
solares donde nacieron
para la historia mil héroes
y mil santos para el Cielo.

Absorto os contemplé
y os admiré en silencio,
y los goces que sentí
ya son tan sólo recuerdos;
pero tan gratos y amables
que en mí vivirán eternos
sin que consiga borrarlos
ni la distancia ni el tiempo.

Siento aún vuestra grandeza
y vuestra dulzura siento,
y con magnífico alarde
volveis á mi pensamiento,
y aún parece que me hallo
lleno de suave contento
dentro de aquella capilla
que es un trasunto del Cielo,
pues en ella vino al mundo
la flor sin par del Carmelo.

Allí está sobre el altar
en sublime arrobamiento
los bellos ojos clavados
en algo que es de los Cielos.

Allí está, y la tibia luz
que hiere su rostro bello
tinge llanto si la inunda
con sus fugaces reflejos,
y sonrisas si retira
sus ondas del aposento.

Con la una mano parece
que aparta cuanto es terreno
y con la otra se oprime
el corazon en el pecho
como si evitar quisiese
que estalle del sentimiento.

¡Santa imagen! ¡Santa imagen!
á cuyos piés tanto tiempo
lloré mis penas amargas
y hallé para ellas consuelo!
Santa imagen bendecida
por ese sencillo pueblo
que en tí tiene su patrona
y su amparo y su recreo;
cuando hoy en triunfo recorras
sus calles, entre el estruendo
de las alegres campanas
y del solemne cortejo;
cuando en altares brillantes,
cuando entre gentío inmenso,
galardon á tus virtudes
recibas, en tu ancho templo,
acuérdate del que triste
en las tardes del invierno
su recinto solitario
visitaba de fe lleno,
del que postrado á tus piés,
cuando el último reflejo
del sol moribundo iba
á bañar tu rostro bello,
soñaba bajo tu amparo
vivir por siempre contento
dentro de esos viejos muros
y á la sombra de esos templos;
y que hora lejos de tí,
cual sus mejores recuerdos,
cual sus memorias más dulces
guarda los tiernos afectos
que brotaron á tus plantas
en tu solitario templo,
y que no pueden borrar
ni la distancia ni el tiempo.

JUAN B. LÁZARO.

MADRID, Octubre, 1880.

MAGDALENA.

NOVELA ORIGINAL DE LIA CRESSEDAEN.

(Continuacion).

Habéis permitido que esto sucediera ¡oh Dios mío! Juntando todas las fuerzas de mi alma, á pesar de mis penas y de mi soledad, no dejo de bendecir vuestro nombre. Sabeis cuán necesarias me eran estas existencias, segadas demasiado pronto; sé que todo lo que ordenais es justo y santo; tened piedad de mí, Señor, y no permitais que la queja, ese colmo del infortunio, se exhale de mi corazón herido. Me habíais dado estas amigas por algún tiempo; las volvéis á llamar á la gloria; han obtenido el premio que ambicionaban....

No puedo creerlo aún.... Vuelvo á leer la carta de la señora de Guercy, casi ilegible con mis lágrimas; vuelvo á ver la explosión de este dolor; admiro á esta madre que se acuerda que yo necesito que me consuelen, y olvida, por decirlo así, su aflicción para levantar mi fe, y lloro....

Muerta en una expedición en el mar, la víspera de su marcha, muerta, la traen muerta á la playa. ¡Horroroso! ¡horroroso! ¡Oh! ¡si hubiera podido abrazarla en su féretro, velar sus queridos restos, apretar otra vez la mano que me enseñaba el deber!

Se ha encontrado en su escritorio una hoja de papel en el que había escrito:

«Señor, quiero ser vuestra sin pertenecer más que á Vos; tal vez esté cercana mi tarde, y nadie más que Vos debe poseer mi corazón.»

¿No es esto como un presentimiento de su próxima muerte? ¡Humilde y grande Valentina, tu voto ha sido escuchado; eres de Dios!

¡Consuela á tu madre, querida alma! Sé que ella es fuerte; que su sumisión es entera y sublime; pero el Salvador tuvo su huerto de Gethsemaní, adonde tuvo que venir un ángel para consolarle, y qué consuelo humano puede ser suficiente para el corazón de tu madre! Ruega por mí también, tan débil y tan desolada. Se ha pasado un mes desde este día funesto en que recibí el mensaje de luto, y durante este período todo había desaparecido de mi pensamiento, exceptuando tu recuerdo. ¡Oh! ¡cómo he deseado juntarme contigo en esta patria sin lágrimas donde Dios te ha colocado; cómo he llorado esta muerte prematura; qué largo me ha parecido el porvenir sin tí! Señor, ¿dónde estáis cuando la noche del espanto y del dolor me envolvía con sus sombras? ¿Dónde estáis en esta lucha del corazón y de la razón? En fin, habéis vuelto á aparecer, y la rama de la esperanza ha sobrevivido á la destrucción de todas las cosas; habéis bajado á mi alma y la habéis hablado.... Por larga que deba ser mi peregrinación, volveré á ver á Valentina en un porvenir del cual siento ya la orilla, porque no es verdad que el cielo esté muy lejos de la tierra....

¡Muerta! ¡Palabra lúgubre! «Los cristianos no mueren; pasan de la vida del tiempo á la vida de la eternidad. Pero no se rompe ningún lazo entre ellos y sus amigos de la tierra; están en estrecha comunión, se comunican sus pensamientos.... Lo creo así, y nada hay más consolador. En el monasterio, al cual le llamaba su vocación, Valentina hubiese muerto al mundo; ¿cual muerte más santa que la que le hacía revivir en el cielo?

MAYO.—Las lilas y los espinos no me encantan ya; estoy triste.... Con Valentina tenía una familia; con ella todo se transformaba. Era más que hermana mía. En el convento la consultaba á cada momento, y cuán juiciosos y prudentes eran sus consejos! ¡Cómo! sabía hacerme fácil lo que más me costaba! Valentina querida, Dios te había concedido las gracias más raras, y la mayor parte de los que te han conocido las han ignorado; sólo los más queridos han podido levantar el velo de modestia que los cubría.

Pero ¿por qué ensayar un bosquejo que mi mano inhábil no podría trazar? Para alabarte, mi Valentina, ahora que el humo del orgullo no sube hasta tí.

¿Has admirado en el mundo una de esas almas transparentes cuya pureza se lee en la mirada, almas de cristal en las cuales todos los pensamientos suben en lugar de bajar, y que, desde por la mañana, trenzan con sus manos virginales la diadema de virtudes

que debe resplandecer en su último día? Valentina era esta alma.

Alegre y encantadora, olvidada de sí misma, generosa hasta la prodigalidad con los pobres, indulgente para las vivacidades y los yerros del prójimo, sencilla en sus gustos, piadosa como un San Luis Gonzaga, esta era Valentina.

He escrito á la señora de Guercy; en mi carta se dejaba ver tal tristeza, que se ha asustado, y me ha respondido en seguida. ¡Cuánto la admiro! Ella está, como su celestial modelo, de pie junto á la Cruz; mira al cielo, acepta el sacrificio. ¡Ojalá pudiese yo reemplazar á su hija y amarla como ella la amaba! Juntas pondríamos flores en la tumba donde duerme Valentina; juntas conservaríamos esta bienaventurada memoria.... ¡Si mi padre! Pero ¿qué es lo que voy á soñar? ¿Lo permitiría la señora de Bord?

He descuidado un poco á Camila en estos últimos tiempos.... Confiándola á Teresa, me iba por los bosques, á la iglesia, al cementerio, á decir á los ángeles del lugar santo y de la soledad toda la desolación que llenaba mi alma. Y me respondían los ecos: «¡Esperanza! ¡Vive! ¡El alma no puede morir!....»

Camila me dijo: «Hablemos de Valentina.»

¡Qué buen corazón! ¡Con qué interés escucha mis relaciones, y qué hermosa le parece esta amiga cuya sonrisa se ha helado para siempre!

«¿Era hermosa tu amiga?» (Camila me trata enteramente como una hermana).

Jamás me había hecho esta pregunta; me parecía tan natural que Valentina fuese la más bella, la más amable y la más amada de todas nosotras! Miro en mi álbum su suave imagen; no encuentro en ella la hermosura plástica; no tiene la regularidad de facciones de la señora de Bord; pero la expresión, ¡cuán diferente es! Valentina no era de este mundo; había en su rostro un resplandor del cielo, si es que de este modo puedo expresarme. ¡Ojalá la hubiera seguido en su vuelo!

JUNIO.—Mañana el bullicio y el placer animarán á Valvert; vienen sus señores. ¡Cómo voy á acordarme de esta vida íntima, en la cual, sin embargo, he derramado lágrimas, pero lágrimas muy dulces y consoladoras! De nuevo comenzarán tal vez las vacaciones, ¡y Camila! está medio triste, medio alegre; no sé qué pensar de esta criatura de alma tan ardiente y atacada sin duda de tristes presentimientos.

Reina ha llegado con los equipajes. Ha levantado las manos al cielo cuando ha visto á Camila; pero no le he dado tiempo de hablar, y como todo estaba preparado de antemano, no se quejará de cansancio. Me asusta esta Reina, espía pagada para servir de instrumento á la iniquidad.

¡Último día de una paz turbada por el luto! Mañana no tendré ya libertad para abrir una ventana, para escribir una carta, para coger una flor. ¡Y mañana está cerca! Mi niña duerme en su camita rosada; con una de sus manos estrecha una muñeca horrible y vieja, la que tiene el honor de dormir con su pequeña madre; ¿qué le sucederá mañana? ¡Qué lastima que sea fea, si por esto no la han de querer! ¡Oh Dios mío! ¡No permitais que una pérdida tan frívola sea para mi hermana la causa de sufrimientos que yo no podría curar!....

¡Ay! ¡era muy cierto! A las tres se paró el carruaje en el umbral. A este ruido, Camila ha olvidado todo, y, sofocada por la emoción, se ha echado á correr para recibirlos. Yo la seguía, ansiosa, atenta á lo que iba á suceder....

La señora de Bord ha dado un grito de terror, echándose hacia atrás como si temiese el contagio.... Mi padre ha abrazado á su Benjamina.

«Llévate esta niña, Magdalena, para que podamos bajar.»

¡Ay! Camila había comprendido....

Se echó entre mis brazos con una especie de desesperación, y cuando la puse en el suelo, ha huído como un cervatillo que teme el dardo del cazador.

Mi madrastra se había desmayado. Mi padre, más pálido que ella, la ha transportado, con infinitas precauciones, al saloncito, y nuestros cuidados la han reanimado. ¡Ay! ¡qué rayo de cólera ha lanzado de sus negros ojos cuando me ha visto á su lado! ¡Cómo ha recobrado sus fuerzas para echarme en cara estas palabras insultantes: «Eso es lo que habéis hecho de mi hija, señorita, de la hechicera criatura que todas las madres me envidiaban! ¡Ay! ¡cómo os maldigo de haber cumplido tan mal mi mandato! ¿Podía yo

esperar este comportamiento? Vuestra perversa naturaleza era capaz de esta acción horrible. ¡Hubiera preferido que Camila hubiera muerto! ¡Os confío un encanto de niña; me devolveis un monstruo!»

Yo estaba aterrada como una culpable. No sé á qué extremos se hubiera dejado llevar la señora de Bord si hubiera estado sola conmigo; pero la presencia de mi padre la contenía.

Tal vez se ha avergonzado de su violencia cuando me atreví á levantar la cabeza y sostener su fulgurante mirada; ¡quién sabe!

Me he violentado muchísimo para suplicar á mi madrastra que esconda sus impresiones á Camila; los cuidados más asiduos no habían podido preservar del sello fatal de las viruelas y de demostrarle tanto más cariño cuanto más maltratada se encontraba.

Una sonrisa amarga ha plegado los altivos labios de la señora de Bord, y con su voz más sarcástica ha dicho:

—«En verdad, Hector, tu hija predicaría á las mil maravillas; no le conocía esta vocación.

—Pero, Valeria, no puedes achacar á Magdalena el cambio de Camila, ha contestado mi padre sin mirarla.

—Vamos, ¿te vas á volver el paladín de tan arrogante princesa? Eres tú, sin embargo, el que me has forzado á salir de Valvert para preservar á nuestros hijos.»

Y cambiando de tono:

—«¡Ah Hector! ¡No comprendes lo que sufro!»

Mi padre ha cedido, cambiado de pronto por esta palabra. Grandes lágrimas se veían brillar en las mejillas de esta mujer, para la cual el dolor había sido desconocido hasta ahora, y mi padre hubiese dado su vida por secarlas. Hacía un momento la señora de Bord estaba tan indignada y frenética, como ahora aparecía agobiada de dolor. En este momento entró el doctor, sin hacerse anunciar; la Providencia lo enviaba á mi socorro. ¿Quién había inspirado á este excelente hombre el intervenir en esta crisis?

—«Mil excusas por entrar en vuestra casa como una bomba, graciosa soberana, ha dicho inclinándose con una galantería perfecta, y desde que entró, ante la divinidad de aquel lugar; pero viendo vuestro carruaje, he querido ser el primero de vuestros cortesanos en deseáros la bienvenida en este país, tan triste cuando vos no brilláis en él! ¡Ah, señorita Magdalena! el modelo para cuidar enfermos, la benéfica hermana de la Caridad, á la que debéis la conservación casi milagrosa de vuestra monísima Camila! ¡Permitidme que la felicite, señora!»

Nada se parece á la volubilidad de nuestro buen doctor. La graciosa soberana ha alzado sus ojos lánguidos y bañados de llanto.

—«Doctor, estoy desesperada....

—¿En verdad, señora?

—¿Qué ha sido de la hermosura de mi hija?

—¡Ay señora! ¿Quién deplora más que yo la pérdida?

—Jamás me consolaré.

—¡Vos, señora, una mujer tan razonable! Os prohibo las emociones y os suplico que me obedezcais. Vais á tomar una infusión que yo mismo os prepararé; dormir una hora y distraeros en seguida á todo trance. He dicho.

—Doctor, ¿me asegurais que no se ha cometido ninguna imprudencia?

—Señora, os lo afirmo bajo palabra de honor. Se ha hecho más de lo que parecía posible, gracias á esta buena hada.

—¡Y yo que la culpaba! ha dicho con un arrebatado que no me engañaba. Dame la mano, Magdalena.»

He obedecido. Mi padre y el doctor no veían la expresión de su cara, el odio, la ira concentrada. Sus afilados dedos han despedazado los mios, y he sentido sus uñas penetrar en mi carne.... ¡Pobre doctor, que se sonreía y creía haber obtenido un triunfo!

Retirando mi mano dolorida, no tenía fuerzas para más.

—¿Quieres hacer el favor de prevenir á Reina para que el doctor no espere? ha añadido con un tono muy amable.

He salido del salón con el corazón oprimido. La señora de Bord no me perdonará nunca los elogios del doctor.

Esta escena me ha revelado su carácter extraño, astuto y cruel. ¡Dios la perdone!

He encontrado á Camila en el parosismo de una pena que Teresa no podía aliviar. ¡Pobre niña, re-

chazada por su madre después de una ausencia semejante, y de una enfermedad tan dolorosa!

¡Pobre hermanita, á quien tal vez nadie quiera!

—No me quiere ya; bien lo he visto, exclamaba entre sollozos.

La he puesto en la razón con suavidad, con ternura, poniendo el dedo de mi amistad sobre esta llaga viva; pero esta emoción tan violenta le había causado fiebre, y la acababa de meter en su cama cuando el doctor me pidió licencia para subir.

Ha adivinado todo al ver el trastorno de la cara de Camila; ha prescrito descanso y algunos calmantes, y retirándose, me ha apretado la mano diciéndome: «¡Valor, que Dios os ayude!» que me ha enternecido.

¡Si hubiese visto en mi mano derecha lo que pueden hacer las uñas sonrosadas de la señora de Bord! Pero le he dado la otra mano.... no necesito otra protección que la del cielo.

Mi madrastra tenía convidados á comer: esta mujer es infatigable. Me he disculpado para no bajar, y nadie se ha inquietado por nosotras. A las once ha venido mi padre. Camila dormía; la ha mirado con compasión y con benevolencia; me ha dado gracias por mi solicitud con mi hermana y me ha dicho afectuosamente:

—«Prométeme no guardar rencor á Valeria por su impaciencia, muy natural. Además, muy pronto te ha hecho justicia por el testimonio del doctor. ¿La quieres, no es verdad, á mi Valeria? ¡Qué dolor para un corazón tan bueno que su hija sea fea! Es menester que la consolemos en esta pena, y cuento contigo. ¡Qué deliciosa mujer en un salón! ¡Si la hubieras admirado esta noche! Reinara su naturaleza; no le resistas nunca, mi buena hija; haz esto por mí; quisiera ahorrarte la sombra de un disgusto.»

—«Lo haré, padre mio,» he respondido.

(Se continuará).

LOS GRABADOS.

EMMO. CARDENAL VICENTE LEON SALLUA, *del Orden de Predicadores, Comisario del Santo Oficio de la Inquisición en Roma.* — Página 105.

(Véase la biografía).

VENIDA DE LA VIRGEN SANTÍSIMA Á ZARAGOZA. Páginas 108 y 109.

Ajustándose en todo á la tradición, el Sr. Barneto ha interpretado en este grabado el feliz suceso que anteayer conmemoró la Iglesia española.

Para que nuestros lectores puedan fácilmente verificar el cotejo, copiamos en otro lugar una descripción que de este maravilloso acontecimiento hizo en galanos versos el P. Navarro, de la Compañía de Jesús, docto catedrático de Alcalá, á mediados del pasado siglo. Aunque algo se resienten de la decadencia de la poesía española en su tiempo, la descripción es tan exacta, que los historiadores del Pilar de Zaragoza la citan entre los más conformes con la tradición de la Iglesia Cesaraugustana.

NOTICIAS LITERARIAS.

Nuestro docto amigo el P. Fidel Fita ha sido nombrado hijo adoptivo de Gerona, por los servicios prestados con su incansable laboriosidad á la historia de esta invicta ciudad, cuyo nombre ilustra su famoso discurso académico.

Á una de las próximas sesiones de la Academia de la Historia asistieron los correspondientes extranjeros, señores Oppert y Rosny, los cuales expusieron á la docta corporación los resultados de sus últimos estudios en los ramos que respectivamente cultivan. El Sr. Oppert, creador de la *asiriología*, presentó y explicó su trabajo sobre una inscripción asiria que resuelve el árduo problema histórico del antiguo comercio del Asia con los pueblos del mar Báltico.

El Sr. Rosny, que está llamado á ser el Champollion de las antiguas inscripciones americanas, indiscutibles hasta hoy, habló del nuevo descubrimiento que acaba de hacer nuestro Museo Arqueológico Nacional, y que promete un valioso adelanto por el conocimiento de la primitiva historia y literatura de los pueblos americanos.

La Academia oyó con sumo interés á estos sabios extranjeros, y los colmó de plácemes por el éxito de sus trabajos.

Ha sido presentada á la Academia de la Lengua la propuesta de D. Marcelino Menéndez Pelayo para ocupar la vacante de D. Juan E. Hartzenbusch; la firman los Sres. Fernández-Guerra, Nocedal y Valera.

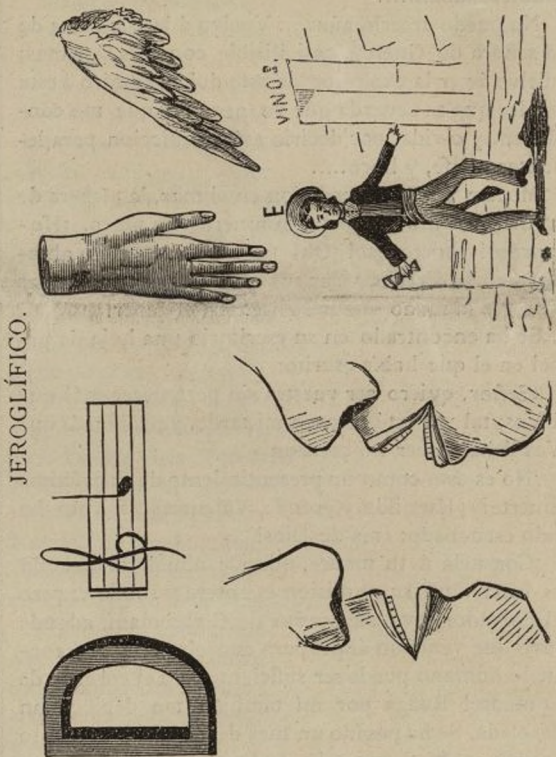
Se espera una votación unánime en favor de este prodigioso joven, que á los 25 años es una de las celebridades de la literatura en Europa.

Se halla en Madrid el ilustre Jesuita P. Tailhan, una de las lumbreras que hoy tienen las ciencias his-

tóricas en el mundo sabio, el cual viene á dar la última mano á su trabajo sobre un códice de la famosa crónica de Isidoro de Béjar, escrito en el siglo XIII, hallado por él en la Biblioteca Real de París, al que acompañarán dos crónicas inéditas que se hallan en el códice del Fuero-Juzgo, descubierto por el P. Fita, y que perteneció á San Isidoro de León.

El P. Tailhan y su digno colega el P. Fita saldrán pronto para León y Asturias, con objeto de hacer investigaciones en los archivos, que añadan nueva luz á estos trabajos.

Está terminando su discurso de recepción para la Academia Española D. Gabino Tejado, el cual tomará asiento en esta ilustre Corporación durante lo que resta de año.



(La solución en el próximo número).

Solución al del número anterior:

El medio más seguro de hacerse amar, es no amarse demasiado á sí mismo.

Madrid, 1880.—Imprenta Hispano-Filipina, Plaza del Bombo, núm. 4.

SECCION DE ANUNCIOS.

SUMA FILOSÓFICA DEL SIGLO XIX

Ó SEA

DEFENSA DEL CATOLICISMO CONTRA SUS MODERNOS ADVERSARIOS.

Colección de documentos demostrativos de la doctrina de la Iglesia en el orden dogmático sobrenatural, filosófico, científico, político y social, formada

POR

NARCISO JOSÉ DE PEÑALVER Y PEÑALVER, CONDE DE PEÑALVER.

El prospecto de la *Suma filosófica del siglo XIX*, merece llamar la atención del público cristiano.

El primer tomo de esta obra consta de 508 páginas de impresión á dos columnas, de letra compacta, pero de buena lectura, y comprende el material de seis tomos de tamaño ordinario; su precio: en rústica, 36 rs.; en pasta, 44.

El tomo 2.º (1.ª parte) consta de 1.644 páginas, también á dos columnas, y comprende el material de 18 tomos: en rústica, 36 rs.; en pasta, 44.

El tomo 2.º (2.ª parte) consta de 1.700 páginas: en rústica, 36 rs.; en pasta, 44.

El tomo intitulado *O'Connell, El Antecristo y la revelación de San Juan*, consta de 1.240 páginas, y comprende el material de 12 tomos: en rústica (total de la obra 95 tomos), 28 rs.; en pasta, 36.

Remitido cada tomo por el correo, franco de porte (sin certificar), se añadirán al precio en rústica 2 rs. y 3 en pasta.

Recibiendo los valores en libranzas sobre el Tesoro ó en letra, se remitirán los tomos al punto que se designe.

Importa mucho indicar la provincia á que el punto designado corresponda. Los pedidos se dirigirán á los Sres. Pons y Comp.ª, Librería Católica, calle de Archs, 8, Barcelona.

El producto de la venta de estos volúmenes se dedica íntegro al Dinero de San Pedro.

PUNTOS DE DESPACHO:

Barcelona: Jaime Oliver, Mendizábal, 14; Pons y Compañía, Archs, 8; Sucesor de la Viuda de Plá, calle de la Princesa; Viuda é hijos de Subirana, calle de la Puertaferriera; D. Carlos Vives, plaza de Santa Ana; D. Eudaldo Puig, Plaza Nueva.

Madrid: D. Miguel Olamendi, calle de la Paz, 6; Viuda é hijo de D. Eusebio Aguado, Pontejos, 8; Sres. Perdiguer y Comp.ª, San Martín, 3, junto á la del Arenal, y en las demás librerías principales del Reino.

ACADEMIA DE IDIOMAS EUROPEOS.

La del Dr. Lahm Schutz, tan acreditada por sus adelantos, se ha trasladado á la calle del Desengaño, 9, 11 y 13, principal.

GRABADOS.

Se venden y alquilan los de LA ILUSTRACION CATOLICA á precios convencionales. Los que los soliciten pueden dirigirse á la Administración de la Revista, Estrella, 7, segundo. Madrid.

LIBRO NUEVO.

PRINCIPIOS DEL REINADO DEL CORAZON DE JESUS EN ESPAÑA,

POR

EL P. JOSÉ EUGENIO DE URIARTE,

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

Este precioso libro, formado con documentos en su mayor parte inéditos ó poco conocidos, encuadrado lujosamente con planchas especiales hechas para él, se vende en las principales librerías, al precio de **SEIS PESETAS** en toda España, franco de porte.

En la librería del Sr. Calleja, Paz, 7, se hará la rebaja del 25 por 100 á los que lleven de una vez 20 ejemplares, ó se remitirán francos de porte en grandes ó en pequeñas cantidades.

Los ejemplares en papel de hilo numerados, á **OCHO PESETAS** en toda España, sin rebaja alguna.

No se vende en comisión ni en rústica.